

colección

BFV ■ Biblioteca de la Filosofía Venidera

dirigida por Fabián Ludueña Romandini

Esta colección quiere abarcar en su espíritu obras que, como quería Walter Benjamin, intenten reflejar no tanto a su autor sino más bien a la dinastía a la cual éstas pertenecen. Dinastías que otorguen los instrumentos para una filosofía porvenir donde lo venidero no sea sólo una categoría de lo futuro sino que también abarque lo pasado, suspendiendo la concepción moderna del tiempo cronológico a favor de una impureza temporal en cuyo caudal pueda tener lugar la emergencia de un pensamiento inactual e intempestivo, capaz de mostrar la potencia filosófica oculta en todas las tradiciones del conocimiento. Filosofía, entonces, como el arte de la fabricación de nuevos conceptos, donde la novedad es siempre entendida tomando en cuenta su anacronismo fundamental y su perpetua inclinación a la polémica.

Diseño y composición: Gerardo Miño

Edición: Octubre de 2017

Código IBC: HPJ

ISBN: 978-84-16467-06-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2017, Miño y Dávila srl / Miño y Dávila editores SL

MIÑO y DÁVILA
EDITORES

Página web: www.minoydavila.com

Facebook: <http://www.facebook.com/MinoyDavila>

Mail producción: produccion@minoydavila.com

Mail administración: info@minoydavila.com

Oficinas: Tacuarí 540

(C1071AAL), Buenos Aires.

tel-fax: (54 11) 4331-1565

Fernando Beresñak

El imperio científico
Investigaciones
político-espaciales

*No es pensar por pensar en cualquier cosa,
es servirse del cielo como un animal;
no es cambiar por cambiar todas las cosas,
es por morder siempre en el mismo lugar.*

G.B.

- 15 ¿Seguimos siendo Modernos? (A modo de prólogo)
por Fabián Ludueña Romandini
- 19 **SOBRE LAS INVESTIGACIONES POLÍTICO-ESPACIALES**
- 35 **SOBRE EL IMPERIO CIENTÍFICO.
CONSIDERACIONES INICIALES**
- 45 **PRIMERA PARTE:
Crisis y revolución político-espaciales copernicanas**
- 47 **INTRODUCCIÓN**
- 47 I. El problema teológico-político del calendario y la línea de fuga copernicana
- 53 II. Motivaciones teológico-políticas más allá de la especialización científica
- 59 **CAPÍTULO UNO:
El espacio copernicano como escenario teológico-político**
- 59 I. La escenografía divina y sus fieles espectadores
- 61 II. Revisión de las implicancias teológico-políticas del heliocentrismo
- 69 III. Las cualidades jerárquicas y teológicas de un hábitat Providencial
- 73 **CAPÍTULO DOS:
Operaciones espaciales copernicanas y la teología política disciplinar**
- 73 I. La unificación del doble discurso y la teología política en juego
- 80 II. El realismo heliocéntrico
- 84 III. El nuevo estatuto realista de la matemática
- 88 IV. Los desafíos de una matemática revolucionaria

93	CAPÍTULO TRES: Construcciones copernicanas del espacio
93	I. La inserción de la matemática y del tiempo como anclajes cósmicos
97	II. El tiempo como espacio matematizado
101	III. La construcción del tiempo y la presencia teológico-política espacial
105	<i>Excursio:</i> Derivas copernicanas en la modernidad
105	I. La cosmovisión teológico-política aprehensible en <i>Sobre las revoluciones...</i>
106	II. La Encarnación matemático-divina en el cosmos
111	III. Heliocentrismo y deriva biocéntrica
124	IV. Emancipación milenaria
131	SEGUNDA PARTE: Disputas y estrategias político-espaciales galileanas
133	INTRODUCCIÓN
133	I. La coyuntura geopolítica, teológico-política y astrológico-política
137	II. El juicio a Galileo como problemática divino-espacial
141	CAPÍTULO UNO: El espacio galileano como escenario teológico-político
141	I. La farmacología cósmica y las jerárquicas cualidades divinas de un universo indeterminado
148	II. La geometría divina, tanto en el Cielo como en la Tierra
150	III. La Revelación y la Providencia helio-biocéntrica del universo
155	CAPÍTULO DOS: Operaciones espaciales galileanas y la teología política disciplinar
155	I. La reapertura del debate teológico-político disciplinar
160	II. Matemática y filosofía, entre la verdad y la funcionalidad
164	III. Dislocaciones en la filosofía y en la matemática

- 175 IV. Negociación entre la ciencia matemático-cristiana y el gobierno teológico-político
- 179 V. Cobardía, temeridad y valentía en las políticas de investigación espaciales

187 **CAPÍTULO TRES:**

Construcciones galileanas del espacio

- 187 I. Geometrización y temporalización isométrica espacial y la ontología del cálculo
- 193 II. La posición y el lenguaje del hombre en el universo
- 196 III. Lo real, lo aparente y el problema de lo sensible
- 203 IV. La definitiva reducción espacial al universo cuantificado
- 205 V. La posterior matematización indirecta de lo sensible y su dislocación espacial
- 210 VI. Implicancias del universo galileano sobre el mundo humano

213 *Excursio:*

Derivas galileanas en la modernidad

- 213 I. Helio-biocentrismo, despaganización cosmológica y divinización científico-cristiana del universo
- 217 II. Procedencia teológico-espacial de la geometría y sus derivas en la modernidad
- 225 III. La reducción matemática del espacio y sus consecuencias en el mundo humano
- 229 IV. Primeras dislocaciones psicoanalíticas
- 235 V. Segundas dislocaciones psicoanalíticas
- 247 VI. La cosmovisión de una ciencia matematizada y su razón instrumental y calculadora
- 252 VII. El doble paradigma teológico-político para el gobierno del universo y el olvido de la pregunta político-espacial

257 **TERCERA PARTE:**

Consumación y proyecto político-espaciales newtonianos

259 **INTRODUCCIÓN**

- 259 I. Las motivaciones científico-políticas
- 262 II. Proyecto de unión entre la nueva ciencia y la teología política

269	CAPÍTULO UNO:
	El espacio newtoniano como escenario teológico-político
269	I. Ni sensible, ni matemático: el espacio absoluto es especulativo
272	II. Caracterización del teológico y especulativo espacio absoluto
279	III. La inestable demostración de la existencia del espacio absoluto
289	IV. El espacio absoluto como primerísima proyección divina
292	V. La instauración de un reino universal
299	CAPÍTULO DOS:
	Operaciones espaciales newtonianas y la teología política disciplinar
299	I. Reglas para investigar los misterios del espacio
308	II. La construcción del universo newtoniano
335	CAPÍTULO TRES:
	Construcciones newtonianas del espacio
335	I. Una racionalidad política universal asentada en la voluntad divina
348	II. Metafísica espacio-mental
358	III. El orden científico-político para el fin de la historia y el inicio de una nueva era
363	<i>Excursus:</i>
	Derivas newtonianas en la modernidad
363	I. Expansión y conquistas del newtonianismo
374	II. La racionalidad político-espacial del Imperio Científico en la modernidad
394	III. Disolución del hombre en la racionalidad política del Imperio Científico
405	CONSIDERACIONES FINALES
415	BIBLIOGRAFÍA
429	AGRADECIMIENTOS

¿Seguimos siendo Modernos? ■

(A modo de prólogo)

por Fabián Ludueña Romandini

El 6 de abril de 1922, en una sesión de la *Société française de Philosophie*, en la que estuvieron presentes eminencias de la física, como Paul Langevin, o de la filosofía, como Émile Meyerson, tuvo lugar un encuentro que bien puede calificarse como uno de los ápices intelectuales del siglo XX. Nos referimos al debate entre Albert Einstein y Henri Bergson. El filósofo tenía sus reparos frente a la teoría restringida de la relatividad y, sobre todo, no manifestaba ninguna hesitación a la hora de poner en claro sus objeciones.¹ Por su parte, el físico no encontraba este hecho como algo ilegítimo sino, al contrario, como un deseable suceder propio de los ámbitos de la especulación teórica.

La escena puede parecer hoy desusada y, para decirlo todo, insólita. Tanto la distribución política de los saberes ha divorciado a la ciencias de la filosofía en aras de un proyecto a escala global que, ciertamente, nada tiene de casual o ingenuo y que augura un futuro sombrío de no revertirse prontamente. El tan mentado recurso a la “interdisciplina” constituye meramente un expletivo discursivo pues ese no es más que el nuevo nombre del enclaustramiento de los saberes que, de tanto en tanto, ejercitan la mímica de un diálogo que no conmueve nunca –en lo fundamental– las bases de ninguna episteme.

El libro de Fernando Beresñak que la *Biblioteca de la Filosofía Venidera* tiene el honor de sumar a su acervo procede, precisamente, en sentido contrario pues, como el autor mismo señala, para abordar estas páginas es necesario dejar atrás cualquier supuesto adquirido

1 Estas objeciones han dado lugar a un libro que aún debe ser interpretado en todas sus consecuencias: BERGSON, Henri. *Durée et simultanéité. À Propos de la Théorie d'Einstein*. Paris: Quadrige/Presses Universitaires de France, 1998.

sobre el problema del espacio desde la ciencia hasta la filosofía pasando por la teología. Un año cero epistémico que, al mismo tiempo, es el de una contaminación de saberes que vuelven a encontrar un nuevo punto de amalgama.

El programa, con todo, debe asumir una perspectiva: en este caso, la espacialidad como medio de comprender el ascenso de la racionalidad científica hasta convertirse en un “imperio” discursivo que tiñe nuestros modos, desde los más elementales hasta los más sofisticados, de aprehensión de aquello que suele llamarse la realidad. Como puede verse, ese programa parte de un diagnóstico que se halla sostenido en la consideración de la historia de la ciencia moderna por medio de tres de sus nombres determinantes: Copérnico, Galileo y Newton.

Podríamos decir que el libro de Beresñak renueva el gesto de los Modernos cuando la ciencia aún no se había divorciado de la filosofía (o, incluso, de la teología). Ha sido demostrado que es imposible concebir, aunque se lo haga a menudo, la filosofía política de Hobbes sin colocar su *Leviathan* en el marco de los debates de las teorías naturalistas de su tiempo.² Dentro de esa misma atmósfera, este libro retoma el arrojado que había hecho gala Leibniz cuando, por ejemplo, al proyectar una historia de la casa de Hannover por encargo del duque Ernst-August de Brunswick-Lüneberg, estableció que dicha tarea resultaba imposible sin retrotraer la historia humana hasta reconstruir el espacio mismo que, desde un punto de vista geológico, era la condición de posibilidad de la temporalidad histórica.³ Cuando la historia dinástica no puede separarse de la geo-historia, entonces, la filosofía y la ciencia no son sino intensidades de un saber universal al que Leibniz aspiraba y que hoy, salvo meritorias excepciones, despierta la condescendencia o el escarnio de científicos y filósofos.

A contrapelo de lo establecido, la fuerza de un proyecto semejante es acaso hoy más necesaria que nunca. Sin embargo, un esfuerzo de esa índole, nos propone Beresñak, debe comenzar con una comprensión teórica de las implicaciones de la noción de espacialidad heredada de

2 SHAPIN, Steven - SCHAFER, Simon. *Leviathan and the Air-Pump. Hobbes, Boyle and the Experimental Life*. Princeton: Princeton University Press, 1985.

3 Nos referimos al texto conocido como *Protogaea*. Cf. LEIBNIZ, Gottfried Wilhelm. *Protogaea. De l'aspect primitif de la terre et des traces d'une histoire très ancienne que renferment les monuments mêmes de la nature*. Edición a cargo de Jean-Marie Barrande. Toulouse: Presses universitaires du Mirail, 1993.

los Modernos. ¿Cuáles son los alcances y los límites de las concepciones del espacio que aún nos rigen? En el caso de Beresñak, el abordaje histórico va de la mano con la especulación filosófica. Según nuestro parecer, la tradición lo asiste en su metodología pues hoy se ha vuelto una moda la práctica de la “arqueología filosófica” y no han faltado los esfuerzos de realizar una “arqueología de la arqueología” para remontar sus orígenes explícitos, por ejemplo, hasta Immanuel Kant.

Con todo, el concepto de “arqueología filosófica” ya estaba en circulación en el siglo XVII y de un modo inusitadamente más profundo del que le damos hoy. Por ejemplo, Thomas Burnet lo utiliza no sólo para la indagación histórico-textual sino que define a la arqueología como la búsqueda del “*kósmos archaion*”, un proyecto donde historia y cosmología, una vez más, pueden aunar fuerzas.⁴ El “origen” que debería buscar la arqueología, según Burnet, no concierne únicamente al tiempo histórico sino al cosmos en cuanto tal. Es posible detectar allí un proyecto político o, más precisamente, teológico-político. Fernando Beresñak discierne un camino de este tipo en la hegemonía de la ciencia contemporánea, lo cual no invalida, en absoluto, la pertinencia de la búsqueda.

Del mismo modo, Beresñak tiene de su parte a los propios pensadores modernos que levantaron sus dudas frente al universo propuesto por Newton. Uno de los más prominentes objetores escribía: “...aunque los modernos enseñan que el espacio es real e infinitamente extenso, no obstante, si consideramos que esto no es una noción intelectual, ni es percibido por ninguno de nuestros sentidos, estaremos quizá inclinados a pensar [...] que esto es también [...] una especie de sueño del hombre despierto”.⁵ Aunque el proyecto filosófico de Beresñak, como constatará el lector, sigue vías muy diferentes, resulta posible aproximar, en espíritu, al objetor de Newton a nuestro autor cuando este nos invita a tomar en serio “...la necesidad de especular sobre la posibilidad de estar habitando un espacio mucho más rico del compuesto tan sólo por objetos sensibles como el que creemos habitar.

4 BURNET, Thomas. *Archaeologiae philosophicae: sive Doctrina antiqua de rerum originibus*. Londini: G. Kettlby, 1692, p. 2.

5 BERKELEY, George. *Siris. Empirismo e idealismo platónico en el siglo XVIII*. Introducción, traducción y notas adicionales de Jorge L. Martín, Buenos Aires: Miño y Dávila editores, 2009, p. 155.

De legitimizar tal indagación, sus resultados podrían permitirnos pensar formas de vida radicalmente distintas”.⁶

Esta pesquisa de Beresňak nos recuerda, por efecto de espejo, que quizá uno de los dilemas acuciantes de nuestro tiempo no es que jamás hayamos sido modernos⁷ sino que, al contrario, hemos dejado de serlo.

6 Cf. *infra*, p. 23.

7 LATOUR, Bruno. *Nous n'avons jamais été modernes. Essai d'anthropologie symétrique*. Paris: La Découverte, 1991.

*Sobre las investigaciones
político-espaciales*

Investigaciones político-espaciales es el nombre de un proyecto que excede al presente libro, un proyecto que pretende realizar una serie de exploraciones cuyo objetivo general es evaluar políticamente las posibilidades y los límites del espacio en el que debemos llevar adelante la tarea de aprender a vivir.

En este sentido, resulta imperioso dejar a un lado —siquiera por lo que dure la lectura de esta obra— la idea de que el espacio podría reducirse a una dimensión física, matemática, filosófica o teológica, por mencionar tan sólo algunos registros. La totalidad de lo que hay en el espacio es imposible de ser aprehendida a través de una única disciplina. Y probablemente tampoco lo sea ni aun valiéndonos de todas las disciplinas por ahora elaboradas. Lo mismo podría decirse respecto de lo que el espacio es.

Si después de miles de años todavía no aprendimos a posicionarnos corporalmente sobre las dos patas traseras de manera adecuada (y si nuestras instituciones siguen haciendo caso omiso a esta problemática esencial), es sencillo imaginar la enorme cantidad de tiempo que nos llevará discernir qué es el espacio, así como lo que hay en él. La dificultad de la tarea también se vislumbra en el hecho de que es aún menor el tiempo que hemos invertido en construir las herramientas técnicas, conceptuales y teóricas para asimilar un espacio que, como si fuera poco, lleva aproximadamente trece mil millones de años desarrollándose y modificándose, generando, alterando, destruyendo y

reconstruyendo entes y lógicas internas. Se requiere paciencia para enriquecer nuestra comprensión del espacio.

Interrogando especulativamente la espacialidad trataremos de encontrar las posibilidades de un más allá de toda dimensión capturada y legitimada actualmente por el ser humano. Esta es la primera cuestión. Y para argumentar en favor de semejante exploración es necesario recurrir brevemente a las historias de la naturaleza y la cultura, en las cuales estamos inmersos, y atender el modo en que nosotros, como organismos, fuimos aprehendiendo lo que el espacio es y lo que hay en él.

Según la historia natural, existieron momentos en los que nuestros antepasados —ya no primates, ni roedores, ni reptiles, sino para ser más radicales: los organismos unicelulares— no habían desarrollado el aparato sensorial del que hoy disponemos. Aquellos organismos no habían adquirido el órgano necesario para la vista ni ninguno de los otros que actualmente conforman nuestro aparato perceptual (con excepción del tacto, pues se cree que ya en ese entonces debería haber existido una función similar que permitiera captar las ondas vibratorias de lo circundante). Es decir que si estuvieran aquí presentes junto a quien escribe o allí con usted que lee —y en parte lo están— no percibirían casi nada de lo que nosotros sí sabemos que los rodea. Ellos, que alguna vez fuimos nosotros, apresarían una porción mínima o distinta del espacio, y tan sólo por la dimensión táctil. En comparación con la que tenemos ahora, su concepción espacial sería no sólo muy diversa, sino sumamente reducida. No reflejaría ni una pizca de lo que el espacio es ni de la riqueza que contiene.

Pero es necesario insistir en que esas diferencias respecto a lo que se capta del mundo son, en principio, limitaciones o posibilidades perceptuales y mentales. Por ejemplo, algo tan aparentemente obvio para nosotros como la existencia del movimiento —sea real o aparente— no es en absoluto evidente para todo ser vivo. Detectar el movimiento requiere un refinado sistema perceptual y mental que no todos los organismos poseen. Pero también cabe decir que nosotros captamos el movimiento dentro de cierto espectro de velocidades, por lo que existen desplazamientos imperceptibles para nuestro sistema perceptual-mental por estar fuera de aquel espectro. Del mismo modo, investigaciones recientes demostraron que ciertas aves migratorias

lograron desarrollar un registro perceptual que les permite captar el magnetismo del planeta y así viajar a lo largo y ancho de éste, sin ninguna otra referencia. Claramente, esto resulta imposible para nosotros. Sólo con los recientes desarrollos técnicos —y no perceptuales— nos fue factible captar una dimensión similar.

Todo esto que somos y percibimos le sería simplemente desconocido a cualquier organismo, más o menos desarrollado que nosotros, que no haya generado un sistema similar al nuestro. Si este pasado unicelular nuestro estuviera presente en este momento, no sabría que está sujeto a leyes físicas, ni tampoco algo todavía más simple como que se encontraría aquí, junto a la biblioteca y frente a este fuego, o allí, merodeando al lector que es usted.

Lo mismo nos sucedería a nosotros si nos faltara alguna herramienta, facultad o sentido de los que disponemos y a los cuales estamos acostumbrados a recurrir para captar la espacialidad. Situación similar sucedería si no hubiéramos inventado la metafísica o la matemática. Así como al organismo unicelular le falta el aparato perceptual o la matemática que nosotros tenemos para asir la realidad tal y como la captamos, nada garantiza que actualmente tengamos todo lo necesario para percibir la espacialidad en su plenitud. Es difícil permanecer en la seguridad de saber dónde estamos, quiénes somos y quiénes podríamos llegar a ser si, tal y como aquí lo afirmamos, no se tiene la certeza de lo que el espacio es, lo que hay en él, y del modo en que todo eso nos afecta por ser y estar en él.

Como se puede observar, no estamos recuperando solamente la crítica kantiana y sus derivas fenomenológicas sobre los alcances y límites de nuestro conocimiento para conocer la realidad tal y como sería en sí misma.¹ Aquí se está recuperando otra afirmación kantiana,² que también podría ser hegeliana,³ relativa a la necesidad de especular sobre la posibilidad de estar habitando un espacio mucho más rico del compuesto tan sólo por objetos sensibles como en el que creemos habitar. De legitimar tal indagación, sus resultados podrían permitirnos pensar formas de vida radicalmente distintas. Del mismo modo

1 KANT (2009).

2 KANT (2002): 154-155.

3 HEGEL (2006): 153-160.

que el organismo unicelular que está junto a nosotros no podría siquiera sospechar nuestra existencia, es legítimo deducir que tampoco nosotros estemos en lo cierto cuando negamos cohabitar con otros entes, pues nos faltan herramientas, sentidos, facultades o disciplinas para detectarlos. Nada indica que nuestro estado actual sea el último eslabón de este encadenamiento azaroso de malformaciones más o menos victoriosas. Por ende, nada legitima la pretensión de que el conjunto de lo capturado —correcta o incorrectamente— por este peculiar animal que somos constituya la totalidad del espacio en el que se vive y en el que se decide la política.

Si recurrimos a la teoría de la evolución para clarificar el sentido de este tipo de especulaciones, es tan sólo por la legitimación que ofrece. Pero claro está que lo mismo podría señalarse si se recurriese a la historia cultural. Bastaría recordar que, por ejemplo, las invenciones del pensamiento mitológico, teológico, matemático y metafísico, más allá de sus intereses, errores y desviaciones, nos permitieron aprehender entes y lógicas espaciales que hasta ese entonces nos resultaban totalmente desconocidas. La geometría podría ser el caso paradigmático. Gracias a su invención o descubrimiento pudimos tener acceso a dimensiones espaciales que hasta entonces eran inaprensibles para los seres humanos. Y más allá de la evaluación que se haga sobre las divinidades, la voluntad y el amor, por citar algunos pocos ejemplos, cierto es que son otras entidades en principio inaprensibles para los hombres, las que se pusieron de manifiesto a partir de las indagaciones de nuestra historia cultural. Es decir, no sólo nuestras reconfiguraciones físicas, biológicas, perceptuales y facultativas fueron alterando la manera de concebir el espacio; también lo han hecho las diferentes creaciones técnicas, conceptuales, teóricas y disciplinares, con las cuales aquellos otros desarrollos evolutivos mantienen relaciones específicas e ineludibles.

Asimismo, es preciso señalar que en la vida cotidiana, y desde hace milenios, nos referimos coloquialmente —o a veces con supuesta especificidad— a cierto tipo de entes y lógicas que bien podrían considerarse parte de las entidades y lógicas espaciales aquí mencionadas. Algunas de las instancias más actuales serían la voluntad, el pensamiento y diversos tipos de afectos, como el amor y la angustia. En casos como estos, claro está que no habrá que descubrirlos, sino

redescubrirlos espacialmente. Será fundamental volver a pensar el modo de aprehenderlos, concebirlos, entenderlos, conceptualizarlos y enmarcarlos con un estatuto espacial. En otras palabras, no se trata sólo de descubrir nuevos entes y lógicas espaciales, sino de rever espacialmente el modo en que por tradición entendimos ciertas entidades o bien negándoles esa dimensión o bien otorgándoles una espacialidad que no hacía justicia a su complejidad y, por lo tanto, esos fenómenos o entes quedaban así incomprendidos. La vida del espíritu, del intelecto y de los afectos necesita radicalizarse y continuarse espacialmente.⁴

En este sentido, cabe decir que no existe una delimitación tan clara entre lo que decimos ser capaces de discernir y lo que no, así como entre lo que afirmamos conocer y lo que no. Entre todas esas instancias hay una infinita cantidad de variantes, formas confusas, equivocadas, rudimentarias, encubiertas y parcialmente correctas tanto de captar como de conocer una realidad específica. Incluso, muchas veces llegamos a un concepto cuya entidad real correspondiente recién se descubrirá de manera posterior a su invención. Si nos concebimos en el marco de una cosmovisión más acorde a nuestra historia, podremos entonces matizar los mecanismos de seguridad de los que nos alimentamos para generar esa poco fructífera sensación de omnipotencia metodológica y disciplinar, según la cual ya tendríamos todas las vías necesarias para comprender el espacio en el que vivimos. Del mismo modo, podríamos entender la imperiosa necesidad de generar políticas de investigación cada vez más abiertas que enriquezcan la comprensión y los potenciales usos de lo que el espacio es y lo que hay en él.

Ahora bien, ¿cuál es la legitimidad de esta indagación? ¿Acaso es suficiente con esta duda asentada en que, al igual que todos los otros seres de la Tierra que conocemos y que todos nuestros antepasados, quizá todavía no pudimos captar la totalidad del espacio? ¿Estamos preparados para abandonar esa idea de que estos animales inteligentes que somos habrían alcanzado el último conocimiento posible, sino el último método viable para llevarlo adelante? ¿Podremos realmente pensar alguna vez que quizá en un futuro, a partir de modificaciones

4 ARENDT (2002). AVERROES (2004). SPINOZA (2006): 191-193.

suscitadas por la ineludible imbricación de transformaciones culturales y biológicas, devengamos otros de los que somos, y a partir de esas alteraciones concibamos el espacio de un modo diverso? ¿No se abre así desde el pasado y desde el futuro la actual posibilidad de una nueva política del saber relacionada con el espacio en el que estamos, del que somos parte y en donde somos afectados? ¿Y acaso esa posibilidad no constituye una pieza esencial para pensar las formas de vida y la política en un tiempo como el nuestro, en el que éstas parecen estar sumergidas en una profunda crisis?

También es prudente decir que no es suficiente con legitimar la indagación sobre un más allá del espacio por ahora aprisionado, según lo que nos enseñó la teoría de la evolución y la historia cultural de la humanidad. Quizá sí lo es para establecer el carácter dubitativo sobre lo que consideramos nuestra realidad. Pero esto no permite determinar de manera positiva que efectivamente haya algo más en el espacio que nos circunda. Es necesario explicitarlo. Aunque dada la importancia política que tendrían descubrimientos semejantes, es imperioso atender y evaluar el modo en el que fuimos constituyendo las concepciones espaciales de las que actualmente tenemos registros.

Puesto que la historia de nuestras concepciones espaciales, abandonadas o utilizadas, e incluso de la que actualmente nos servimos, está plagada de sospechas similares a la aquí postulada, y puesto que los procedimientos y operaciones han ampliado o reducido lo que en cada uno de esos momentos ya se podría haber asegurado o conocido del espacio, aunque sea rudimentariamente, es necesario ejercer una vez más la sospecha. Así como es indispensable volver a poner en práctica el pensamiento especulativo para que esa sospecha tenga una potencia y un rumbo infinito.

Sea como fuere, más allá de ciertos enunciados y vocabularios a los cuales recurrimos en este libro, creemos importante señalar que no consideramos que haya una teleología implícita en la naturaleza, ni que el ser humano esté logrando aprehender más y mejor el espacio que el resto de los seres vivos. Pero, por ahora, no profundizaremos en esta problemática. Sea lo aferrado, en términos cuantitativos, mayor o menor y, en términos cualitativos, mejor o peor que lo logrado por el resto de los existentes, lo cierto es que ahora nos interesa indagar en las vías por las cuales la historia de la humanidad ha abordado el

problema del espacio. Basta con saber que nuestra especie todavía puede captar lo que, a partir de su historia y bajo su configuración actual, consideraría nuevos entes y lógicas espaciales, las cuales le abrirían las puertas a nuevas formas políticas de vida.



Según lo enunciado anteriormente, partimos de un presupuesto general compuesto de los siguientes postulados. No resultaría legítimo negar que en el espacio se encuentren entes y lógicas espaciales más allá de los que por ahora hemos logrado aprehender. Tampoco creemos conveniente negarles el estatuto de materiales o inmateriales, o incluso algún otro que sea necesario definir en un futuro. Tampoco sería prudente rechazar la hipótesis de que la existencia de esos entes y lógicas mantiene diferentes grados de autonomía espacial respecto de los organismos que se sirven de ellos. Finalmente, sería equivocado que se niegue la posible existencia de vínculos específicos y multidireccionales, con temporalidades y durante periodicidades diversas, entre los seres orgánicos y aquellos otros tipos de entes y lógicas.

Así, podrían reconsiderarse muchas de las entidades y lógicas que hoy conocemos. Quizá se logre, mediante el redescubrimiento y el reconocimiento de una espacialidad diversa, otra especificidad para estas entidades así como otro estatuto del cual pudieran servirse las políticas venideras. Piénsese que muchas de las categorías que habitualmente utilizamos para nuestro discurrir individual, social o incluso para conformar el orden político —como los ya mencionados afectos, el pensamiento, la voluntad, etcétera— no logran aún hoy una explicación suficiente. No obstante la enorme cantidad de teorías al respecto, nadie está ni remotamente seguro de lo que la voluntad, el pensamiento y los afectos son, como tampoco del modo en que nos manifestamos a través de ellos. Pero aun así, sin siquiera estar seguros de la región del espacio en donde se encontrarían, ni sabiendo clara y distintamente lo que son ni el modo en que funcionan sus lógicas en relación con los hombres, todo nuestro orden político, incluidas todas sus dimensiones y nuestras formas de vida se ven articuladas sobre esas nociones. Nuestras formas de vida y todas nuestras instituciones

no podrían salir ilesas de una interpelación socrática, por más piadosa y modesta que sea.

Es que todavía las teorías sobre el pensamiento, la voluntad y los afectos, por repetir los mismos ejemplos que hacen a las esferas sociales, jurídicas y afectivas del mundo humano, no terminan de explicar cómo es que esos fenómenos son posibles. De hecho, resultan bastante evidentes los forzamientos operacionales que se realizan para otorgar una ciega legitimidad a los presupuestos de los que se sirven, así como para facilitar la instauración de tal o cual orden social, jurídico o afectivo. Entre esas operaciones, aquí nos interesa poner en cuestión especialmente aquellas que intentan reducir a esos fenómenos a la mera identificación con una región material del espacio físico (piénsese en la identificación de los fenómenos mentales con el cerebro o los amorosos con las reacciones bioquímicas). No cabe duda de la importancia de ese tipo de indagaciones, pero sí consideramos que es necesario revisar las conclusiones a las que arriban a partir de los resultados que obtienen. Y esto puntualmente en relación con la espacialidad que ahí se pone en juego.

Quizá todos esos fenómenos o entidades obtendrían un mejor tratamiento si se los pudiera considerar en el sentido antes expuesto. Por ejemplo, si nos arriesgáramos a comprenderlos como entes o lógicas con existencia espacial autónoma respecto de los seres vivos. Así ellos podrían formar parte del paisaje compuesto por los continuos entrelazamientos específicos de todos esos entes y lógicas espaciales (de todo lo cual los seres humanos son tan sólo una pequeña y azarosa muestra). Dado que en ese marco llevamos adelante nuestras vidas, entenderíamos entonces la importancia de atenderlos adecuadamente y profundizar en sus potencialidades, tanto como de volver a comprender la necesidad de generar un hábitat en el que se ejercite la vinculación con ellos. Es en el espacio y junto a todo lo que en él hay que se aprende a vivir políticamente.

Debe quedar claro que la idea general del presupuesto que sostenemos en estas investigaciones no es nada original. No somos los únicos ni mucho menos los primeros en partir de este presupuesto. Más bien, podría decirse todo lo contrario. Aquél fue problematizado por todo el pensamiento mitológico, teológico, filosófico y científico de todas las épocas, desde la más remota Antigüedad y hasta las últimas

investigaciones del siglo XXI. El problema, en todo caso, se concentró en las vías por las cuales se podría argüir en favor o en contra del carácter espacial de esos entes, en la legitimidad para dar cuenta de sus existencias y sus lógicas, y en sopesar los límites y posibilidades que el contexto político de cada caso imponía para semejantes manifestaciones. Todos han ejercido un diálogo más o menos explícito sobre la legitimidad de la espacialidad de ciertos entes y lógicas con los cuales los seres humanos tendrían cierta vinculación. Solo que desde la hegemónica instauración de la cosmovisión científica (y por razones que se darán a lo largo del libro) este tipo de indagaciones se desarrollarán en las sombras de la vida cultural y académica.

Por la peculiar y escasa legitimidad de estas investigaciones en los tiempos que corren, y por las limitaciones de quienes llevamos adelante este tipo de exploraciones, aquí no hay promesa alguna relacionada con la demostración positiva del presupuesto del que se parte. Tan sólo se pretende volver a legitimar la necesidad y explicitación de esas indagaciones y, quizá, junto al curso del tiempo, poder acercarnos a una futura demostración de una región menor de esa gran hipótesis.

— III —

Es arriesgado pero posiblemente necesario afirmar que toda historia del espacio universal (incluso con anterioridad a la del hombre) podría considerarse historia política. Piénsese que desde aquellos momentos en que ni siquiera existía la vida, fueron desarrollándose los elementos espaciales indispensables de los cuales se sirve hoy el hombre para ser lo que políticamente es. Por otro lado, si atendemos al hecho de que toda historia del universo es contada por y para el hombre, lo cual de por sí da cuenta de una perspectiva que bien podría opacar la visibilidad de otras espacialidades que no sean discernibles por él, toda historia del espacio universal es aún más definitivamente política. La lucha por la descripción, comprensión y utilización política de la historia de nuestro espacio universal —la cual, vale recordar, siempre estuvo presente— apenas está comenzando a hacerse patente para nosotros. Se requiere atender a esta lucha para estar en condiciones de combatir por las connotaciones que contenga.

En este sentido, no se trata aquí de que quien escribe, quien lee, algunos o todos *aprendan a vivir* en el espacio. Más bien se utiliza aquel sintagma filosófico en un sentido amplio, cuestión de poder definirlo más específicamente a medida que la investigación avance. Pero sí cabe dejar constancia de que este desafío, al tomar en consideración especial el espacio en el que nos encontramos, parte de un requisito ineluctable relacionado con la politicidad de aquella tarea.

De hecho, todo ordenamiento político —incluidas todas sus esferas— debe ineludiblemente indagar el espacio en el que se instala, así como en el que crea a partir de sus teorías y acciones. Y es que las pretensiones de ese ordenamiento, cualquiera sea su modalidad y su objeto, tendrán que afrontarse inevitablemente con los límites y posibilidades que el espacio le ofrece. Del mismo modo, para tener eficacia, deberá explorarlo, describirlo, comprenderlo y aprender a interactuar con él. Pero si tenemos en cuenta que apenas conocemos una ínfima parte del universo y que desde tiempos remotos y hasta en las más recientes teorías se ha afirmado que no logramos develar la totalidad del espacio, pues entonces también es requisito incontestable de todo ordenamiento político explorar el espacio por todas las vías posibles, sin excepción.

Estudiar el espacio es estudiar la política. Desde sus orígenes, el hombre ha encontrado y desarrollado sus herramientas en la interacción con todo lo que hay en el espacio, y ha constituido así su dimensión política. De allí la importancia política de estudiar el espacio, de profundizar o reconstituir nuestros modos de concebir lo que ya conocemos de él, y de develar o hacer lugar a otros existentes que acaso se encuentren en él (tarea que, por cierto, requerirá mayor paciencia de la que actualmente se dispone).

Del mismo modo, estudiar el espacio es estudiar al hombre, y viceversa. No sólo porque este último forma parte de aquél, sino porque él mismo es espacio. Su organismo, lo que sea que lo constituya más allá de éste y las capacidades que va aprendiendo, se desarrollan en plena interacción con lo que allí hay, lo conozca o lo desconozca y, por esto último, en gradientes de intensidad diversos. Un ejemplo antiguo de lo que podría ser una transformación como la recién mencionada lo constituye la propuesta llevada adelante en los *Yoga Sūtras* atribuidos a Patañjali. En los *sūtras* correspondientes al tercer libro (*Vibhūti Pada*) se

afirma que una vez lograda la tríada del *samyama* yoga (concentración —*dhāraṇā*—, meditación —*dhyāna*— y absorción total —*samādhi*—) el hombre podría adquirir *siddhis*, poderes que suelen denominarse sobrenaturales. Más allá de los desafíos que esta y otras cosmovisiones y prácticas similares lanzarían sobre el mundo contemporáneo (si fuera el caso de que este intente asimilar dicha propuesta), la legitimidad de indagar en esas y otras vías semejantes no debe ser anulada, sino más bien profundizada y, en todo caso, dislocada. De hecho, quizá no sea casualidad que la filosofía heideggeriana, antes de enunciar la necesidad de retomar el problema del espacio (debido a que ya no sostenía el intento de reducción de la espacialidad a la temporalidad llevado adelante sobre el final de *Ser y tiempo*),⁵ haya afirmado que la meditación abre el espacio en el que se despliega la totalidad de nuestro hacer y dejar hacer.⁶

En toda esta dinámica espacial, consideramos, se juega gran parte del porvenir natural y cultural del hombre, de la filosofía y de la política.

— IV —

En virtud de los desafíos que presenta este proyecto para alcanzar una elaboración propositiva propia, las *investigaciones político-espaciales* deben comenzar realizando una arqueología-genealogía de la historia de las concepciones espaciales que han colaborado para tramar la actual. Así podremos conocer sus debilidades y fortalezas. Conformar esa historia clínica de nuestra concepción espacial será esencial para diagnosticar las posibilidades y limitaciones que ella tiene para pensar y accionar en el devenir de las potencias políticas que se encuentran presentes. Asimismo, ejercer esa clínica del espacio nos preparará para, en un futuro, realizar con suma prudencia una exploración especulativa positiva sobre el espacio.

A lo largo de estas investigaciones recurriremos a ciertos momentos históricos en los que surgieron concepciones espaciales que, por sus diversos grados de importancia, habrían logrado influir y delimitar el destino de la concepción espacial que se irá conformando durante

5 HEIDEGGER (2006): 43. La referencia a *Ser y tiempo* es: HEIDEGGER (2005): 382-385.

6 HEIDEGGER (2001): 49.

la modernidad hasta alcanzar la actual. Para ello, nos serviremos de una periodización de larga duración, con cortes transversales seleccionados en función de ciertos hitos espaciales, elegidos por su riqueza temática y conceptual, así como por su importancia política. De esta manera, para el análisis se elegirán cosmovisiones que hayan sido por lo menos relativamente victoriosas, sino en su momento, después de su conformación.⁷ Pero también, de manera correlativa, será necesario detectar y examinar las concepciones espaciales que emergerán luego para contrarrestar la que se habría impuesto y evaluar hasta qué punto han logrado dislocarla.

A los fines de multiplicar las voces sobre una temática tan compleja y vasta, creemos interesante adelantar que, junto a la investigación que aquí se presenta, hace algunos años comenzamos a articular las ideas generales de un programa de trabajo que tiene como objetivo analizar otros momentos históricos de gran importancia para la constitución del espacio contemporáneo. En particular, y por razones que desarrollaremos en trabajos venideros, consideramos ineludible atender los gestos vinculados a la espacialidad suscitados durante el origen de la filosofía en la Antigüedad, la asimilación —con sus intentos de dislocación— que la filosofía alemana de la modernidad tuvo respecto a lo acontecido durante la Revolución Científica, así como los debates y decisiones en el modo de captar el espacio por parte de la vanguardia físico-matemática de finales del siglo XIX y la primera mitad del XX.

En todos esos casos, será esencial detectar las operaciones a través de las cuales se conformaron las concepciones espaciales, para poder revisar críticamente sus dimensiones políticas y la lectura histórica que nos ha llegado de ellas. Así, podremos identificar las dinámicas y las diversas disciplinas, teorías, conceptos y herramientas de diverso tipo, algunas de ellas con una antigua tradición y otras en gestación en cada uno de esos momentos, a través de las cuales se fue conformando la actual concepción espacial. Dada la enorme repercusión que todo ello tendrá en los alcances y límites de la modernidad para pensar el espacio y la política, deberemos abocarnos a dicha tarea en el futuro.

En particular, el objetivo será examinar los multifacéticos argumentos por los cuales, en muchos casos, se reduce la concepción

7 NIETZSCHE (1996): 32.

espacial y, en otros, se la amplifica, lo que altera la legitimidad, el estatuto y la lógica de todo cuanto allí podría tener existencia. Si, como dijimos, es con relación a todo ello que conformamos nuestras formas de vida y nuestra política, pues entonces tener identificados aquellos movimientos será clave para un buen diagnóstico de nuestra posición en el espacio y de la concepción que de éste se tiene.

Finalmente, luego de evaluar las multifacéticas derivas que cada una de esas concepciones espaciales poseen en la modernidad, será clave recuperar los diagnósticos realizados, así como el mapa de las operaciones por las cuales se fueron conformando tales y cuales espacialidades. En un futuro, esto servirá para darnos a la difícil tarea de establecer algunos principios esenciales para la constitución de una nueva concepción espacial en donde sea posible transformar y llevar adelante la política tarea de aprender a vivir.

*Sobre el imperio científico.
Consideraciones iniciales*



Imperio Científico es el libro que da inicio a las investigaciones político-espaciales recién sugeridas. El título, un tanto metafórico, responde a que argumentaremos que la espacialidad científica —y su racionalidad concomitante—, desde su conformación y hasta la actualidad, tuvo como objetivo realizar conquistas, expandirse más allá de sus límites y establecer una hegemonía no sólo en el mundo del conocimiento, sino también en el mundo político. La espacialidad científica quiso determinar con exclusividad los existentes que debían considerarse y los que no, la escenografía universal, las únicas vías de conocimiento legítimas, así como un proyecto político acorde a su cosmovisión. Consideramos que lo ha logrado. Vivimos bajo el imperio de la cosmovisión espacial científica.

Para demostrarlo, partimos del análisis de tres autores que no sólo fueron fundamentales para la ciencia moderna sino también para la constitución de la espacialidad que surgirá desde esa época. Sus textos son piezas indispensables del origen del espacio en el que vivimos desde aquel entonces. Así, la obra de Copérnico podría considerarse el punto de partida; la de Galileo, un avance insoslayable; y la de Newton, la consumación de la espacialidad científica moderna. Concentrándonos en sus obras principales, aunque sin dejar de acudir a otros textos que podrían aclarar o profundizar algunas ideas, pretendemos dar cuenta del modo en que política y científicamente se gestó nuestra reciente —y en absoluto neutral— concepción espacial.

Pero cabe realizar una aclaración. La presente indagación no se centra en la detección de una posible politicidad inconsciente en los autores, escondida en sus textos o implícita en sus contextos, la cual pudiera poner en cuestión cierta neutralidad u objetividad de la ciencia. Tendremos todo eso en cuenta, pero ya existen trabajos especializados en esa dimensión aparentemente oculta en sus obras. Aquí intentaremos dar cuenta de que, junto a la pretensión de objetividad, existía en esas tramas textuales una explícita politicidad que ninguno de los autores pretendió ocultar. Es la misma tradición que los ha reconocido como esenciales para la ciencia moderna, la que deliberadamente escondió aquellos enunciados que, en cierto sentido que especificaremos, comprometen su legado. Mas Copérnico, Galileo y Newton explicitaron en la gran mayoría de sus operaciones científicas que ellas respondían a un proyecto político.

No se trataba de un par de oraciones sueltas al comienzo o al final de sus obras a fin de poder dialogar amablemente con el poder de turno. Esa lectura de lo acontecido anula toda la riqueza política de los problemas teóricos en cuestión. Por el contrario, los autores explicitan la politicidad de la gran mayoría de sus argumentos a lo largo de casi todas las operaciones supuestamente tan sólo científicas. Debemos advertir que, en sí mismo, eso no lo consideramos una dificultad. Pero sí se abre allí la posibilidad de problematizar las respectivas implicancias de dicho genuino proceder.

Cada una de las Partes del libro corresponde al análisis de cada uno de los autores en cuestión, así como a los orígenes y derivas que tuvieron sus pensamientos político-espaciales. Los Capítulos de cada Parte se conforman sobre la base de ciertas obras centrales de cada uno de los autores. Con una debida contextualización, la ayuda de algunos textos de la misma autoría pero aledaños a las obras principales y leyendo estas últimas con atención, aunque desapegados de la neutralidad que las instituciones educativas y culturales nos enseñaron que ellos tendrían, se torna evidente el proyecto político en cuestión y la politicidad de los argumentos en apariencia puramente científicos a través de los cuales se constituyó la concepción espacial. Por esto, en cada uno de los Capítulos se analizarán los ámbitos en los que emergen las ideas de esos autores, la escenografía o imagen espacial

que constituyen, las operaciones sobre las disciplinas y las respectivas construcciones de sus concepciones espaciales.

Asimismo, en los *Excursos* de cada Parte se pondrán de relieve los orígenes y derivas de las concepciones espaciales elaboradas, para así evaluar el modo en que, en su conjunto, han arribado a la modernidad, desplegado sus poderes y conformado nuestra actualidad. Los *Excursos* se constituyen a través de operaciones realizadas con prudencia relativa. Y esto último porque la prudencia no debe estar al servicio de un respeto inalterable de la tradición. En primer lugar, porque ella no garantiza una verdad absoluta en la cual ampararse. Pero quizá más importante, porque la prudencia debe servir al cuidado del acaecer del acontecimiento, y sólo aquello que no respete absolutamente la tradición (encerrándose así en un diálogo interno sobre lo que ella y el canon ya delimitaron y reconocieron como legítimo de ser discutido), sino tan sólo relativamente, es lo que podrá darle lugar al acontecimiento. La historia que aquí contaremos, aquella que constituyó el riguroso sistema de conformación de nuestra cosmovisión científica, veremos, está plagada de prudencias relativas.

Esperamos tan sólo dos posicionamientos del lector, sea del tiempo que sea: su indulgencia frente a la falta de especialización o erudición cuando no comprometan las tesis centrales del libro, así como su predisposición a la especulación a partir de la relativa cautela de las operaciones llevadas adelante en este escrito. Sobre esta última dimensión quisiéramos entablar un diálogo con los lectores.



Este libro estudia las influencias que tuvieron determinados conceptos y perspectivas provenientes de las más diversas disciplinas y herramientas prácticas y teóricas sobre la conformación del espacio moderno. Gracias a ese mapa de la construcción espacial, se podrán observar las relaciones, apropiaciones, dominaciones, olvidos y luchas conceptuales, así como disciplinares de todo tipo, especialmente científicas, teológicas, filosóficas y estrictamente políticas que, de otro modo, bajo otra periodización y otro anclaje textual, no cobrarían vida como aquí lo hacen. A lo largo de esta historia desfilarán términos que, en un sentido general, denominaremos como espaciales. “Cosmos”,

“mundo”, “universo”, “realidad”, “naturaleza”, “cosmovisión”, “reino”, entre otros, lucharán entre sí dentro del discurso argumental de los autores por cobrar sentidos específicos. Incluso, a veces generarán grandes batallas justamente por no obtenerlos, y así funcionar como elementos conceptuales difusos, posibilitadores de todo tipo de ejercicios teóricos y, también, políticos. A todos esos términos se les irá dando una definición específica, aun cuando para ello se requiera de la paciencia del lector.

Justamente este trabajo quiere hacer la mayor justicia a la complejidad de la trama histórica, por lo que no se partirá de afirmaciones determinantes, ni tampoco se acudirá a ellas rápidamente. Esto no implica desconocer que debemos ejercer cierto grado de acotamiento y plantear un posicionamiento sobre esa posiblemente infinita gama de variantes que cada una de las problemáticas irá presentando. Pero el objetivo será hacerlo lo menos posible, jugando en el límite con la simplicidad que requiere hoy la estética de las investigaciones; un riesgo que el autor de este libro explicita con todo gusto, y a costa suya.

Aquí se intenta beneficiar la densidad temática que ofrece la horizontalidad y la riqueza que sobre los problemas políticos ella ofrece, así como permitir que los conceptos analizados se mantengan en el relativo dinamismo que los vio nacer, para impedir una excesiva esquematización (útil quizá para su delimitación, comprensión y dinámica reproducción, pero que creemos sumamente costosa para el análisis que puede llegar a propiciar la especulación). Nos situaremos en los bordes de la pretendida delimitación clara de los elementos que allí estarían en cuestión. Cada término, en cada autor, suele presentar sus matices, su peculiar modo de operar en el interior de sus textos. Respetar esos sentidos, esa polivalencia semántica y teórico-práctica funcional, es lo que nos habilitará a comprender la especificidad de los problemas políticos fundamentales que allí se pusieron en juego y los modos en que todo ello se fue desarrollando.

Asimismo, podrá observarse que la bibliografía trabajada no responde con exactitud a los cánones que tradicionalmente deben tomarse en consideración al momento de referir a cada uno de los autores en cuestión. Por el contrario, hemos utilizado aquellos textos que creímos aportaban una lectura singular sobre la peculiar perspectiva que aquí queríamos ofrecer, sin dejar de mencionar el resto cuando lo

consideramos conveniente. Convencidos del aporte al conocimiento que un libro debe implicar, y asentados en la constatación de que ya existen numerosos trabajos eruditos y especializados en los cánones y tradiciones sobre cada uno de los autores referidos, nos pareció prudente y enriquecedor que en este caso nos sirviéramos de algunos de ellos para generar el suelo adecuado desde el cual hacer germinar una perspectiva propia y distinta. En este sentido, no se pretende presentar un trabajo de erudición sobre cada uno de los autores o los textos analizados, sino más bien señalar otros elementos cuyo valor no provenga de la profundidad analítica del íntegro conocimiento sobre la obra y la vida de un autor, sino del análisis horizontal que se observa y realiza cuando se logra vincular con otros autores y textos mediante un trabajo prudente y multidireccional de analogía controlada. De todas formas, sí nos apoyamos en aquellos textos que han hecho un trabajo erudito y profundo en los problemas internos a cada autor y cada obra, no sin dejar de plantear —cuando fuera el caso— las diferencias que con ellos tengamos luego de que nuestra propia perspectiva ofrezca nuevos resultados que se distingan o se hayan visto opacados por aquella otra perspectiva. Por otro lado, como complemento, también utilizaremos investigaciones de cuantas disciplinas y corrientes sea necesario servirnos para alcanzar nuestros objetivos.

Si todo esto constituyera un problema en sí mismo, no nos quedaría otra alternativa que invitar a la lectura de este libro para que el lector pueda reconocer que los textos que han marcado la historia de nuestra tradición también se han servido de múltiples perspectivas, incluso contradictorias, puesto que el objeto de estudio así lo demandaba. Sería obstinado no recurrir a esas perspectivas si lo que se quiere es comprender el mismo problema que esos autores intentaban interrogar. Poder servirse de lo que elaboró la comunidad científica, e incluso lo que se realizó más allá de ella, sin prejuicios que delimiten nuestro campo de investigación es la vía para constituir una política de investigación eficaz a fin de tratar de comprender los problemas que persisten en la actualidad. Si esto ha sido logrado o no, ya es algo que el lector deberá juzgar por sí mismo.

Finalmente, nos gustaría señalar que parte de la dinámica que aquí se propone consiste en no dejar de tener presentes las distintas

modelizaciones político-espaciales que se vayan develando en cada una de las obras. Y ello debido a que en muchos casos existen dos o hasta incluso tres concepciones espaciales si nos predisponemos a atender sus matices. Además, sobre una misma constatación espacial existen numerosas y a veces hasta contradictorias implicancias, por lo que es necesario estar atento a los paralelismos y a las coexistencias, tanto de las concepciones espaciales como de las implicancias de ellas. Y en especial habrá que hacer tal esfuerzo cuando muchas de todas ellas puedan parecer contradictorias entre sí. Es necesario estar atentos al juego de fuerzas específico que se puso en marcha durante la conformación de la concepción político-espacial que al parecer nos sigue gobernando.

— III —

En último término, queremos dejar asentado que el presente trabajo no constituye un intento de demonización o destrucción de la ciencia espacial moderna. Aquí tan sólo se critica la hegemonía y unidireccionalidad que adoptó e instaló la racionalidad moderna a partir de aquella, pero teniendo siempre presente que todo ello ya estaba más o menos explicitado en los autores que aquí estudiaremos.

Si llevamos adelante tal tarea es porque allí se conformó una imagen del mundo, una escenografía, cargada de connotaciones sumamente preocupantes para los tiempos subsiguientes. Pero también realizamos esta crítica porque con sus operaciones disciplinares, la ciencia espacial moderna obstaculizó la legitimidad de indagaciones semejantes y debilitó ciertas herramientas fundamentales para explorar el espacio y para que la vida pudiera afrontar y habitar las problemáticas contemporáneas. Finalmente, se pone en jaque aquel proceder porque anuló otras espacialidades y otros posibles entes que bien podrían colaborar en afrontar de un modo distinto ciertas problemáticas esenciales y todavía incomprendidas del mundo humano, e incluso más allá de éste.

No se trata de buscar un mundo mejor, ni un mundo feliz. Se trata de resquebrajar la omnipotencia y omnipresencia de la concepción espacial científica para hacer lugar a otras entidades y presencias espaciales. Se trata de demostrar las grietas de las altas montañas y

los desiertos en donde el león científico de la modernidad insiste en crear su hábitat;¹ y esto sin siquiera haber terminado de sopesar sus implicancias ni las otras posibilidades que ya están presentes pero aún no han sido explotadas. De allí que, en un futuro, estas indagaciones deberán prestarse si no a su reemplazo, al menos a un encadenamiento que no habrá gobernando nunca.²

De todas maneras, no debemos dejar de mencionar que, debido a las escasas herramientas que tendríamos para lidiar con otra espacialidad y las entidades espaciales que ella pudiera alojar, bien podría suceder que, en el caso de habilitar una cosmovisión semejante, por un tiempo se nos arroje a un mundo más peligroso (aunque claro está, más interesante). En este sentido, la política del espacio que está en vías de realizarse deberá abandonar todo mecanismo de seguridad que anule esa peligrosidad y comenzar a construir los principios que colaboren con la articulación de formas de vida que sean capaces de asumir el coraje por el amor a la verdad. Estamos en un estado de necesidad teórico y práctico de la razón en el que es imprescindible elevarse más radicalmente de los juicios sobre las cosas hasta los fundamentos, e incluso hasta los primerísimos principios.³

1 NIETZSCHE (2005): 53-55.

2 DERRIDA (1998): 43.

3 KANT (2002): 158.

PRIMERA PARTE

*Crisis y revolución
político-espaciales copernicanas*

Vista parcial del contenido del libro.

Para obtener el libro completo en formato electrónico puede adquirirlo en:

www.amazon.com
www.bibliotechnia.com
www.interebook.com
www.e-libro.net

MIÑO y DÁVILA
♦ EDITORES ♦